

ISBN 978-950-33-1739-6

**María Laura Freyre
Juan Manuel Barri
Cecilia Pernasetti
(Eds.)**

Investigar en “el campo”: experiencias de abordajes multidisciplinares en el espacio rural y periurbano argentino



Investigar en “el campo”: experiencias de abordajes multidisciplinarios en el espacio rural y periurbano argentino

María Laura Freyre
Juan Manuel Barri
Cecilia Pernasetti
(Eds.)

**Colecciones
del CIFYH**



Investigar en el campo: experiencias de abordajes multidisciplinares en el espacio rural y periurbano argentino / María Laura Freyre...[et al.]; editado por María Laura Freyre; Juan Manuel Barri; Cecilia Pernasetti. - 1a ed. - Córdoba : Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades, 2023.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-33-1739-6

1. Antropología. 2. Etnografía. 3. Ambiente Rural. I. Freyre, María Laura, ed. II. Barri, Juan Manuel, ed. III. Pernasetti, Cecilia, ed.

CDD 301.072



Diseño de portadas: Manuel Coll y María Bella

Diagramación: María Bella



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional.



Ni rurales ni urbanos.

Fronteras móviles en la historia y la vida cotidiana en la pre-puna de Catamarca¹

Cecilia Pernasetti Brizuela*

“Tal vez descubra que la antropología es devastadora de obviedades”

Honorio M. Velasco

Introducción. Un pueblo de la sierra reeditado

Introducción

En lo que sigue me interesa describir un momento significativo en el devenir de la investigación que estoy realizando, en particular al inicio del proceso. La investigación continuó en varias etapas, incluyendo una estadía prolongada permanente en campo de más de tres meses en el último año: nuevos datos y nuevas preguntas surgieron y se construyeron después de este momento que voy a describir. Pero creo que es pertinente re-tomar y poner por escrito algunos presupuestos y pre-nociones iniciales con las que llegué al campo que fueron cuestionados al familiarizarme con la riqueza y complejidad de la vida de mis interlocutorxs. Reconocimientos de este tipo suelen suceder en el transcurso del trabajo etnográfico, y por mi parte siempre me sentí agradecida cuando están narrados de manera explícita, porque permiten recrear el camino de la reflexión y la construcción de categorías, que siempre es accidentado. Este escrito es también un modo de recuperar los diálogos que propiciaron las reuniones del equipo del proyecto cuyas investigaciones recoge este libro. Y en el mismo carácter de esas reuniones, se discutirán aquí momentos de la experiencia etnográfica y su relación con algunas categorías teóricas o de la literatura antropológica, sin que sean completos o exhaustivos en las

¹ Una versión de este trabajo fue presentada en el 12° Congreso de Antropología Social, septiembre de 2021

* Departamento de Antropología y Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba. Correo electrónico: cecilia.pernasetti@unc.edu.ar

referencias bibliográficas con las que se pueden relacionar, dejando esto para un momento posterior de la escritura.

Dos presupuestos orientaron mis primeros trabajos de campo: por un lado una preocupación política por el problema de la *soberanía alimentaria* y por el otro la presunción de que los pueblos del Norte de Belén se correspondían al universo del *mundo rural* o *lo rural* como opuesto de lo urbano, y que además —a diferencia de otros pueblos también rurales como los de la pampa húmeda—, tenían una historia de *aislamiento* y *lejanía* del mundo moderno y sus problemas.

Respecto al primero, habíamos leído suficiente material académico que apuntaba a describir y explicar que tanto la producción agrícola como la industria alimentaria global no sólo son estructuralmente ineficientes para nutrir a las sociedades sino perversas, en la medida en que concentran la producción de alimentos en pocas empresas, disminuyen (real y simbólicamente) el repertorio de alimentos disponibles, utilizan insumos nocivos para la salud y el ambiente y tienden a destruir formas locales tanto de producción como de consumo —sustentadas mayormente en prácticas colectivas—, todo lo cual hace que cada vez se dependa más de lo que ofrece el mercado para alimentarse (Fischler, 2002; Grass y Hernández, 2009; Vilulla, 2015; Rubio, 2003). El concepto de *soberanía alimentaria* aparecía así como la opción más coherente para iluminar un camino de resistencia a ese sistema. Propuesto por la organización internacional Vía Campesina en 1996 la idea de Soberanía Alimentaria hace referencia al derecho de los pueblos a poder producir sus propios alimentos, de manera saludable y siguiendo sus propias pautas culturales. Supone la búsqueda de una autonomía alimentaria, es decir, la no dependencia de lo que desde afuera se decide qué es alimento, cuánto cuesta y dónde y cómo se produce o se consigue. Supone también la idea de recuperar y revalorizar una historia local de cultura alimentaria y de cultura productiva, desautorizada por discursos tecno-científicos.

El segundo presupuesto consistía en que daba como verdad evidente el hecho de que los pueblos del Norte de Belén históricamente habían estado y de algún modo eso seguía sucediendo, *lejos* y *aislados*, y por lo tanto las personas de esos pueblos llevaban una vida con características propias diferenciadas no sólo de los habitantes de los grandes centros urbanos sino también de la ciudad de Belén, capital del departamento. Asumía, además, que eran mayormente autónomos en cuanto a sus modos de subsistencia,

ya que, como habitantes de los mundos rurales (o campesinos) producían casi todo lo que necesitaban para alimentarse.

La primera vez que fui a hacer trabajo de campo en Villavil fue en el otoño de 2009². A 82 km de la ciudad de Belén, Villavil, con 481 habitantes según el censo de 2010, es la cabecera del municipio del mismo nombre, que en el mismo año registraba una población de 1933 habitantes. Según informa un folleto editado por la oficina de turismo, el nombre parece ser un derivado de la palabra *Huillahuil* que en lengua kakana significa “aguada de las liebres”. El municipio es amplio y diverso: con una altitud que va de los 2300 a los 3500 y picos de más de 5000 msnm, abarca territorios correspondientes a valles precordilleranos, prepuna y puna, a lo largo de los cuales se encuentran los pueblos de Barranca Larga, Morteritos, San Antonio, Las Cuevas, Laguna Blanca, Corral Blanco, La Angostura y Aguas Calientes.³

Viniendo desde el sur, es decir, desde la ciudad de Belén por la ruta provincial 43, después de atravesar un tramo de 20 km de que ese momento era de ripio —en la Puerta de Corral Quemado se había terminado el pavimento—, se atraviesa una pequeña cuesta y aparecen los rastros sembrados y algunas casas que anuncian el pueblo. El camino baja para cruzar el río, agua clara en un enorme lecho de piedras y arena, y una vez cruzado comienza la calle central, de 1 km aproximadamente, a cuyos lados se alinean las casas y sedes institucionales, separadas entre sí por chacras y fincas. En ese momento, esa calle era el único tramo pavimentado de los últimos 20 km de camino de ripio; el pavimento terminaba en la iglesia, después de la cual la calle subía y volvía otra vez a ser ruta, que va hacia el norte y termina en Antofagasta de la Sierra. Antes de esa cuesta, está la iglesia; doblando a la izquierda, a una cuadra de la iglesia, la escuela y al frente la hostería. Una pequeña plaza frente a la iglesia, en forma de

2 Es necesario aclarar que esa investigación inicialmente no fue orientada desde un marco académico, sino con el objetivo de relevar y rescatar comidas tradicionales para darles visibilidad, partiendo de un apego afectivo y un interés por aportar intuitivamente al conocimiento de la región a los ojos del resto de la provincia y del país.

3 Dentro del departamento Belén, Villavil se encuentra en el *Norte Grande*, categoría nativa que, junto con la de *Norte Chico*, divide el norte del departamento en dos áreas: en el primer caso, la más alejada de la ciudad capital, Belén, y de mayor extensión, comprende los municipios de San Fernando, Hualfín, Puerta de Corral Quemado, Corral Quemado y Villavil, El Norte Chico, por su parte, comprende los municipios de La Puerta de San José y Pozo de Piedra. En el sur del departamento se encuentran los municipios de Belén y de Londres.

triángulo, hace de rotonda, y permite que los autos den la vuelta y vuelvan a retomar la calle larga, cuando se quiere regresar al sur.

La investigación que realizábamos en ese momento tenía por objetivo relevar productos y preparaciones que la gente del lugar señalaba como comida “local o tradicional” (Pernasetti y Ferré, 2013 y 2015). Había un interés de nuestra parte por “encontrar” comidas que demostraran una originalidad respecto a otras “cocinas” del país, asumiendo que esa originalidad era producto de una historia larga y diferenciada, precisamente por aquella supuesta condición de aislamiento que, para el caso de la originalidad culinaria, considerábamos una ventaja. Celebrábamos con entusiasmo cuando podíamos reconocer ingredientes y formas de cocción “pre-hispánicas” en algunas preparaciones, o lamentábamos cuando nuestros entrevistados nos hablaban de lo que ya no se producía o no se cocinaba más.⁴

Algunos años después, inicié una segunda investigación, en el marco del Doctorado en Antropología (UNC), orientada a relevar la producción y circulación de alimentos en el Municipio de Villavil y en particular su cabecera municipal. Había advertido que, aún con sus fincas, huertas y ganados, y disposición más o menos suficiente de tierra y agua de riego los pueblos lejos estaban de autoabastecerse, ni siquiera de verdura fresca, que era traída desde afuera, incluso de lugares tan lejanos como Mendoza. Sin pensarlo demasiado, consideraba esto como un “accidente” o “problema” producto de una historia reciente de despojos que llevó a estos pueblos a volverse más vulnerables y más dependientes. Es decir, había un “antes”, cuando eran comunidades campesinas autosuficientes, y un “ahora” de dependencia de mercados y ayudas externas. Y que la gente sufría esa situación –inexistente para las generaciones anteriores–, impotente y sin las herramientas y los recursos dados por la experiencia acumulada.

En ese momento, un seminario del doctorado me permitió rever estudios clásicos sobre conglomerados urbanos. Al revisar mis notas de campo desde esa perspectiva, extrañamente parecía que esta pequeña comunidad *rural* de difícil acceso, aislado en medio de imponentes montañas y tan alejado de las grandes ciudades, tenía algunas características *urbanas*. Tres señales recuperadas en esas notas fueron las más significativas: por un

4 El origen prehispánico de ingredientes o modos de cocción de algunos de los alimentos fue una información recabada por nosotros a partir de consultas bibliográficas, no porque la gente del lugar nos lo sugiriera en absoluto. Eso, en realidad, los tenía sin cuidado.

lado, la notable cantidad de veces que no encontraba a las personas que buscaba para entrevistar o visitar, porque no estaban en el pueblo, sino que se habían ido a la ciudad de Belén u otros sitios en el departamento, a departamentos de la provincia, como la capital (San Fernando del Valle de Catamarca), Santa María o Tinogasta; a provincias limítrofes como Tucumán, La Rioja o Salta; pero sobre todo a Buenos Aires y a destinos de las provincias patagónicas, a más de 2000 km, como Caleta Olivia, Río Gallegos o Comodoro Rivadavia. La segunda señal era que muchos de los encuentros y entrevistas, a veces las más sustantivas, se daban *en viaje*, es decir, cuando en mi auto llevaba o traía alguna persona desde o hacia Belén, ya sea que su destino era Belén o era una parada en su camino. Es muy frecuente que a la salida de los pueblos la gente “haga dedo” para trasladarse de un pueblo a otro: trabajadores de los municipios, maestras, madres con niños que van o vuelven del hospital, etc. Entre otras razones, porque no hay transporte público con suficiente frecuencia o regularidad. Y finalmente, la tercera advertencia apareció al revisar las entrevistas en las que algunas personas contaban sus experiencias de vida: la enorme mayoría había trabajado y vivido lejos de su pueblo, a veces por largos periodos, de más de 10 años, otras veces cada año durante varios meses, y eso a lo largo de muchos años. Pero lo mismo habían hecho sus padres y también sus abuelos. Además, con frecuencia mencionaban su relación con familiares que residen de manera permanente en otros lugares del país, a quienes van a visitar y que suelen venir periódicamente al pueblo.

Me di cuenta de mis esfuerzos infructuosos por sostener una unidad de análisis (el pueblo de Villavil) que no se dejaba circunscribir a los límites geográficos no sólo del pueblo, sino del Municipio y de la provincia. Y de que no sólo es *posible* sino imprescindible, como lo propone Gabriel Noel (2017), romper esos límites autoimpuestos si yo quería describir y comprender cabalmente la vida de la gente de Villavil. Empezó a hacer aguas la idea de una *comunidad campesina autosuficiente* que alguna vez fue y a la que hay que regresar.

Los límites geográficos y las redes de vida

La autosuficiencia alimentaria es una bandera que se levanta junto con la de soberanía alimentaria, y yo la relacionaba directamente con la posibilidad de producir y obtener en el lugar lo necesario para alimentarse. Pero

la autosuficiencia en sentido amplio (también la posibilidad de contar con servicios, salud, educación, cerca de las viviendas) lejos de ser una característica propia de las comunidades campesinas o rurales, lo es más bien de las grandes urbes, según sugiere Wirth (2005). Asimismo, al revisar lo urbano como “modo de vida” más que como espacio geográfico, tal como lo propone ese autor, advierto que mis interlocutorxs del pequeño Villavil, cumplen cabalmente con una de las tres características centrales de los “urbanitas”: la *heterogeneidad*, entendida como la movilidad frecuente y diríamos sistemática de las personas entre y a través de grupos con otros modos y experiencias de vida diferentes a sí mismos. Precisamente la movilidad de mis interlocutorxs, que pasan gran parte de su vida viviendo en otros lugares, les da un carácter más *cosmopolita* que, me arriesgo a decir, el de aquel habitante de la ciudad de Buenos Aires, quien nunca o en muy pocas ocasiones se ha movido de su lugar de residencia. Es así que me empecé a interesar por ese movimiento de personas y también y por lo tanto de cosas en el pueblo, que sólo empecé a notar en mi estadía de campo, y que por momentos se me hacía vertiginosa.

Como en otros pueblos del noroeste argentino, las familias de Villavil tienen ya una larga experiencia, acumulada durante varias generaciones, de ganarse la vida en lugares distantes del pueblo. Rápidamente diremos que, según testimonios recabados y la información de investigaciones en pueblos cercanos (Molina Pico, 2017; Bellina, 2005) se parte de los pueblos buscando otros ingresos que complementen lo obtenido por el trabajo agrícola y artesanal (tejidos e hilados de oveja, llama y eventualmente vicuña). Habría una dificultad estructural en la propia configuración de la propiedad de la tierra y la disponibilidad de agua para siembra y pastura para ganados, en un territorio calificado como árido⁵. En el departamento Belén la mayoría de las explotaciones agropecuarias están en el estrato de los productores minifundistas (pequeño productor): según el Censo Nacional Agropecuario de 2018, más del 70% de las explotaciones agropecuarias (EAPs) tienen una extensión de hasta 5 hectáreas y cubren alrededor del 5% de la superficie total.

En la historia corta, la que queda en la memoria, por lo menos desde los años 40 del Siglo XX partían los hombres, a veces también acompaña-

5 No vamos a dar aquí más precisiones sobre territorio, clima, estructuras agroproductivas, porque lo que interesa es, a manera de ensayo, recuperar un proceso reflexivo y proponer una interpretación que puede ser rebatida.

dos de sus esposas, a la zafra de Jujuy y Salta y luego de Tucumán. Pasaban a veces hasta 6 meses y regresaban. En el pueblo los esperaba el resto de la familia que se encargaba del cuidado de la chacra y los animales. Más adelante los destinos fueron la cosecha de uva en Mendoza, las explotaciones petroleras en el sur del país, las minas de Farallón Negro y luego de La Alumbra, y otros establecimientos mineros de la región. En el caso de las mujeres, el empleo doméstico en Belén, Catamarca, Buenos Aires, etc. Paralelamente, muchos jóvenes partían a Belén, Catamarca o Tucumán para completar sus estudios secundarios o terciarios, ante la falta de oferta académica local. Considerando a Villavil como origen y destino de regreso de los habitantes con los que interactúa, la duración del tiempo fuera del pueblo varía según el tipo de trabajo y los derroteros que van tomando las vidas de los y las viajeras. A veces algunos meses cada año fuera del pueblo, otras veces varios años.

Los migrantes del municipio de Villavil tuvieron que aprender a moverse e interactuar en lugares absolutamente diferentes a los de su pueblo natal, lo cual a su vez les significó un ejercicio de reflexión inevitable —en el sentido de no necesariamente buscada—, sobre sí mismos y sus propias identidades en confrontación con los modos y maneras de otros. En muchos casos hasta adquirir la capacidad de “desaparecer” en el anonimato tranquilizador de las metrópolis, esforzándose por ser uno más en la multitud; para tiempo después volver a su lugar de origen, sacarse el ropaje y las maneras fuereñas y recuperar los modos y gestos que le permitan interactuar como uno más ante los ojos vigilantes de sus vecinos del pueblo. Y así periódicamente. Como dice Tarrius, “Nadie permanece mucho tiempo en el territorio circulatorio sin correr el riesgo de una disociación fuerte entre universo doméstico, residencial, familiar y universo de los comercios, los arreglos, las circulaciones.” (Tarrius, 2000: 65). Tarrius propone el concepto de *territorios circulatorios* o *territorios de circulación* para referirse a espacios, que en el caso de sus estudios sobre migraciones africanas en Europa abarcan miles de kilómetros y varias fronteras nacionales, definidos según relaciones sociales en movimiento. Territorios donde grupos sociales despliegan su vida, incluso a lo largo de generaciones:

La noción de territorio circulatorio constata la socialización de espacios según lógicas de movilidad. Esa noción introduce una doble ruptura en las acepciones comunes del territorio y de la circulación; en primer lugar nos sugiere que el orden nacido de los sedentarismos no es esencial a la ma-

nifestación del territorio, después exige una ruptura con las concepciones logísticas de las circulaciones, de los flujos, para conferir sentido social al movimiento espacial. El desplazamiento que no puede, en esa perspectiva, ser considerado como el estado inferior del sedentarismo, confiere a los que hacen de él su principal lugar de expresión del vínculo social, el poder del nómada sobre el sedentario: el conocimiento de los saber-hacer camino, condición de la concentración-difusión de las riquezas materiales e inmateriales, da poder sobre el orden de las sedentaridades y más particularmente sobre su primera manifestación, el espacio urbano. (Tarrius, 2000: 55)

La noción de territorios de circulación nos ofrece un marco interpretativo general para orientar nuestra mirada en el trabajo de campo, aún cuando originalmente fue gestada en el análisis de fenómenos diferentes. Por ahora lo que nos interesa es poner el foco en el pueblo de Villavil como un nudo dentro de un gran territorio de circulación, tanto para los que se van y vuelven como para los que permanecen.

La interacción con “otros” también forma parte de la propia vida *en* el pueblo: Villavil es, además, un lugar de paso: sus casas se despliegan especialmente a lo largo de la ruta provincial 43, que en esos no más de 1000 metros deja de ser por unos momentos ruta y se vuelve la calle principal, para luego volver a ser ruta. Sobre esa calle-ruta se ubican las sedes de las instituciones más importantes, como la Municipalidad, la iglesia, el Mini Hospital, el Centro de Exposiciones de Artesanías. ¿Quiénes circulan por esa ruta? Gentes de la Puna, de pueblos que se ubican más al norte, trabajadores y técnicos de las minas de litio, turistas nacionales y extranjeros que van hacia Antofagasta de la Sierra, funcionarios municipales y provinciales, trabajadores de Vialidad Nacional, comerciantes, etc. En 2019 se termina de pavimentar la ruta 43 y se construye un puente sobre el Río Villavil, con un nuevo trazado: la ruta deja de cruzar por el centro del pueblo, ahora lo bordea por el margen izquierdo del río y lo cruza a la altura del inicio de la cuesta de salida del pueblo hacia el norte. Esto dinamizó aún más el tráfico hacia el norte, en especial la circulación de camiones, maquinarias y personas a las nuevas minas de litio de Antofagasta de las Sierras.

Las nuevas rutas y puentes permiten movilidades diarias para quienes trabajan en Villavil pero viven en la ciudad de Belén o sitios cercanos: en el día a día, van y vuelven del pueblo maestras y profesores de las escuelas primaria y secundaria, empleados y funcionarios municipales. Comer-

ciantes locales van semanalmente a buscar mercadería en Belén, Catamarca o Tucumán; o comerciantes de esos lugares vienen periódicamente con mercaderías.

La promoción del turismo ha sido una de las políticas centrales de la gestión municipal y provincial en los últimos 15 años del municipio. Organización de ferias de venta de productos locales, capacitaciones para la producción de artesanías de interés turístico, de formación de guías, marcación de puntos de interés como formaciones montañosas, lagunas, termas, organización de excursiones, etc. En un lapso breve de tiempo el pueblo pasó de mirar con cierta desconfianza y curiosidad a los viajeros turistas que se detenían ocasionalmente, a esperar con ansiedad las vacaciones o fines de semana largo para montar la carpa de la feria y producir artesanías para la venta.

En síntesis, las relaciones sociales en Villavil, desde familiares hasta comerciales, constituyen una red que lejos de acabarse en los límites del pueblo, abarca distancias de varios cientos de kilómetros, y no por eso dejan de ser menos intensas, presentes y significativas.

Más bien, para una gran cantidad de personas, vivir en el pueblo no quiere decir *estar* en el pueblo la mayor parte de su vida. Relacionado con esto, la auto-adscripción frecuente de mis entrevistados refiriéndose a “ser” de Villavil, o de Laguna Blanca, o de Barranca Larga no quiere decir estar allí, sino haber nacido y vivido allí sobre todo el tiempo de la infancia y la adolescencia, y esa condición identitaria no se pierde, aunque nunca se vuelva. Esto no es novedoso, pero sí lo traigo porque es posible que, durante la ausencia del pueblo, su condición de *nacido en*, que deviene en *ser de* un lugar se ve reafirmada y re actualizada como sostén y marca de identidad, precisamente por estar *fuera* del lugar de nacimiento. Por ejemplo, Marta (nombre ficticio) pudo revertir un momento de discriminación en la escuela de sus hijos durante el transcurso de su vida en la provincia de Buenos Aires, cuando recrearon juntos en el escenario las ofrendas que solían hacer cada 1 de agosto en su pueblo a la Pachamama. Ser de un pueblo pequeño, con las costumbres de la gente de campo, de ese norte tan lejano le otorgó frente a las maestras una fuerte marca de dignidad y respeto, que luego se trasladó a sus hijos. Lo mismo con sus patronas en el empleo doméstico. Además, su saber hacer las comidas locales, fue una fuente de ingresos y de reconocimiento y respeto en su barrio.

Por otro lado, haber nacido ahí otorga algunos derechos dentro del pueblo frente a los que son nacidos en otro lugar. Julia (nombre ficticio), que llegó a vivir al pueblo cerca de sus treinta años y sin familiares locales, aunque se casó con un lugareño, tuvo que ganarse con esfuerzo un lugar y una voz en medio de la trama de relaciones vecinales y familiares locales. Y a su vez se permite algunas libertades, como discutir algunas reglas tácitas de funcionamiento de instituciones como la escuela, o el propio municipio, cosa que los locales no pueden hacer con tanta soltura, precisamente por la trama de compromisos vinculares y favores dados y recibidos, no sólo de ellos mismos sino de sus padres y abuelos, en los que sus vidas están entretejidas⁶.

La densidad temporal de prácticas de circulación

Una mañana de mediados de febrero de 2020, salimos desde Villavil hacia Laguna Blanca con la idea de visitar y conversar con una persona conocida. Antes de entrar a la cuesta que desemboca en la ruta, nos hizo dedo un muchacho joven, vestido con ropa deportiva claramente a la moda, que llevaba con soltura. Así conocimos a Nicolás, que estaba yendo a su pueblo, Aguas Calientes, pequeña y antigua población de la puna de Belén, declarada comunidad aborígen Diaguita desde 2017, a 100 km –aproximadamente- de Villavil y a unos 50 de Laguna Blanca. Si lo acercáramos hasta Laguna Blanca le parecía suficiente, porque tenía el dato que pronto pasaría por ese lugar una camioneta hacia Aguas Calientes. Venía desde Belén de hacer trámites bancarios; suele ir a Belén por lo menos cada 15 días. El viaje se hizo largo por dos demoras: las máquinas de vialidad estaban arreglando el camino después de una tormenta, por lo que la fila de camionetas (de excursiones de turistas, de las empresas mineras, de los municipios y de particulares) se hacía larga cada vez que daban paso. Por otro lado, había cortes de ruta protesta por las minas de litio, por parte de algunas de las comunidades originarias (hay 30 comunidades originarias en Catamarca, la mayoría en el departamento Belén). El estado provincial tiene una fuerte política de fomento de esa y otras minerías, tanto que ya casi no quedan kilómetros sin pavimentar en la ruta que va desde la

⁶ En un estudio clásico sobre estos temas, Pitt-Rivers (1989) se extiende sobre este hecho para el caso de los nacidos en Grazalema. En mi caso, este punto está siendo explorado con más detalle en mi trabajo de campo actual

ciudad de Catamarca hasta Antofagasta de la Sierra, pasando por Villavil, con modernos puentes, para garantizar la infraestructura necesaria a las empresas. Nicolás dejó entrever que él está a favor de la explotación del litio: tendría trabajo cerca de su pueblo. En una de las paradas bajamos a recoger algunos de los poderosos y perfumados yuyos de la puna, y ante la primera consulta Nicolás se explayó indicándonos sus nombres, propiedades curativas, modos de recolección y secado y nos contó que una de las actividades centrales de su familia es precisamente cosechar y llevar en caravanas de mulas estas hierbas, más papines, lana de llama y tejidos desde Aguas Calientes hacia La Hoyada en el departamento limítrofe de Santa María, donde los intercambian por despensas varias como azúcar, harina y yerba mate. Las familias hacen este “cambalacheo”, término local para referirse al trueque, desde que tienen memoria, y les resulta mucho más conveniente usar esos senderos de herradura que las rutas, porque son mucho más directos. Dejamos a Nicolás en la entrada de Laguna Blanca desde donde sale el camino a Aguas Calientes, no sin antes intercambiar teléfonos y prometernos futuros encuentros. En mayo de ese año, nos mandó hermosas fotos con su celular desde el sendero donde marchaba con la caravana.

Robert Park, en los iniciales estudios sobre las ciudades, propone como una característica central de las urbes contemporáneas el hecho de que en sus vecindarios las personas viven “al mismo tiempo en varios mundos diferentes”:

En el medio urbano el vecindario tiende a perder gran parte de la significación que tenía en formas de sociedad más simples y primitivas. Los accesibles medios de transporte y comunicación que permiten a los individuos repartir su atención y vivir al mismo tiempo en varios mundos diferentes, tienden a destruir la permanencia e intimidad del vecindario. (Park, 1999: 55).

Lo traigo aquí irónicamente porque su propuesta parece suponer que los contactos entre mundos diversos son fenómenos exclusivamente *modernos* (consecuencia de los nuevos y accesibles medios de comunicación) y de las grandes urbes, cosa que a la luz de lo relatado más arriba resulta difícil de asegurar. ¿Por cuántos “mundos diferentes” atravesó Nicolás solo ese día que lo conocimos? ¿Por cuántos mundos diferentes atraviesa en un año de su vida? ¿Viven –o vivían– las gentes de Villavil o de Aguascalientes en sociedades “más simples”?

El relato de Nicolás me sirve también para poner de relieve la profundidad histórica de las movilidades en la región: lo que hacen Nicolás y su familia cada año es poner en acto una experiencia de muchos siglos en la región, tal vez de milenios. Esther Hermitte (1972) señala que la fundación de Belén, en 1678, responde

no sólo al interés por controlar la zona frente a los indios, sino al valor estratégico del área. En efecto, por Belén pasaba el camino que llevaba de Santiago a Copiapó en el norte de Chile, y también el único que, sin tramontar serranía, cruzaba de norte a sur desde el Alto Perú hasta Cuyo. El cruce de los dos caminos, por los que transitaban las arrias de mulas, convertía a Belén en el más importante nudo comercial de todo el Oeste Catamarqueño. (Hermitte, 1972: 4).

Más adelante agrega:

Belén escapa a ese quietismo comercial con el que se define a Catamarca. El activo tráfico de mulas, su cría en invernación en las estancias del distrito, el transporte de mercaderías y personas debe haber originado con seguridad un número de actividades derivadas del comercio que se reflejarían en el panorama económico local.” (Hermitte, 1972: 12)

Las caravanas de intercambio constituyen una práctica andina que se remonta a la época prehispánica, que han tenido continuidad durante la colonia y, evidentemente, hasta nuestros días. Dentro de la bibliografía consultada se describen rutas de intercambio que tienen más de 2000 años y abarcan el territorio del actual noroeste argentino, el desierto de Atacama y el litoral del Pacífico en Chile (Molina Otarola, 2013; Núñez y Nielsen, 2011).

Frente a esta información histórica, y a partir de las conversaciones con mis interlocutorxs, asumo la hipótesis de que no es solamente la falta de fuentes de trabajo locales, o la necesidad de completar ingresos familiares las que llevan a las personas de la región a salir de sus pueblos. Hay también una dinámica de movimiento que se disfruta, que forma parte de los saberes apreciados (conocer los caminos, los senderos, las rutas y los sitios de trabajo), una riqueza de vínculos afectivos a la distancia, un gusto por volver pero también por partir a sitios lejanos, traer novedades, o contrastar con la propia experiencia, cómo es la vida (mejor, peor), en

otros lugares. Y una historia fuerte de desarraigos y movimientos que tal vez sean la marca identitaria de muchos pueblos en América Latina.⁷

Movilidad y arraigo antes y ahora: los tiempos de la labor agrícola y los tiempos del estado

El interés inicial de mi trabajo de campo que tenía como presupuesto la idea de que los pueblos norte de Belén habían conocido épocas de mayor bienestar, basadas sobre todo en la autosuficiencia alimentaria y menor dependencia del exterior, se vio interpelado de dos modos: por un lado, la constatación de que siempre estuvieron conectados con el exterior, incluso desde tiempos remotos, y por otro lado, que la producción local de alimentos no es una preocupación de mis nativos. El hecho de que lleguen camiones desde Tucumán con lechugas frescas es parte del dinamismo de pueblos acostumbrados a ver salir, entrar y pasar camiones y camionetas de todo tipo (antes caravanas de mulas y antes todavía caravanas de llamas), y a nadie le molesta. Y esto porque no viven los límites geográficos del pueblo como fronteras en el despliegue de sus vidas.

De ese modo, las personas están igual de conectadas con el afuera que con el adentro, pues gran parte de su vida sucede en tránsito de un lugar a otro. Sus relaciones sociales, las que constituyen el entramado de su vida cotidiana, se establecen no solamente “cara a cara” (como podría suponerse si hablamos de “comunidades” o de pueblos pequeños) sino, y en algunos casos de manera fundamental, a través de la distancia.

Pero no se trata sólo de distancias, sino también de tiempos. Para tener una comprensión cabal de cómo viven, y cómo se alimentan, las personas cuyas relaciones sociales involucran movimientos y distancias geográficas, es necesario reconocer no sólo los espacios sino los ritmos temporales de esas relaciones. Precisamente Tarrius pone énfasis en in-

7 Si nos detenemos en la historia local larga, la conquista y los siglos de la colonia significaron un tremendo movimiento de familias aborígenes que al final de las guerras calchaquíes en 1666, eran llevadas y traídas según el capricho y el poder de los encomenderos, en lo que se conoce como proceso de “desnaturalización” en los Valles Calchaquíes. Villavil se encuentra a pocos km de Hualfin y de Santa María, de donde se sabe por fuentes documentales que fueron sacados numerosos grupos y llevados a Córdoba, Catamarca, La Rioja, mientras traían de Tinogasta o La Rioja familias a trabajar en haciendas enormes que abarcaban casi todo el municipio (Quiroga, 2003; Lorandi, 1997)

corporar la dimensión temporal al analizar poblaciones móviles: “Estos pasos, estas competencias se identifican más en el tiempo de las travesías de universos de normas que en las modalidades de recorrido de espacios partidos, separados” (Tarrius, 2000: 49).

Considero, como decía más arriba, a Villavil como nudo de esas circulaciones, como el sitio de arraigo a donde se vuelve, para los que han vuelto o vuelven periódicamente. El arraigo está dado por esa parte de la pluriactividad de mis interlocutores que es su actividad agrícola. La dinámica de algún modo *nómade* de la gente de los pueblos del Norte Grande de Belén, cuyas formas de “ganarse la vida” involucraron desde tiempos antiguos no sólo destinos sino también oficios diversos, parece haber tenido, sin embargo, un centro, un nudo estable a donde llegan y de donde parten esas vidas móviles, y ese nudo aglutinador era la labor agrícola y la crianza de animales. Esto es: el ritmo del año según el tiempo de siembra, desyerbado, cosecha; el tiempo de pasto verde o de conseguir alfa. El ritmo del día según toque el turno de riego o la hora de llevar y traer las ovejas o las cabras al cerro.

En los últimos veinte años, aparece de manera contundente otro protagonista, otra fuente de trabajo cada vez más importante, el estado, que ahora sí parece cambiar ese ritmo más o menos estable aún dentro de la gran movilidad de la gente del pueblo.

A partir de los datos puntuales obtenidos hasta ahora, en las últimas dos décadas, el ingreso preponderante de las familias, lo que les permite un sustento más o menos básico y regular para desarrollar su vida, es obtenido a partir del estado, municipal, provincial o nacional, ya sea en forma de sueldo por empleo o en forma de alguno de los diversos planes sociales o de apoyo a la salud, la maternidad, la educación, la infancia, la ancianidad, etc. El estado, sobre todo el estado empleador, marca ahora el modo y el ritmo de vida en los pueblos del municipio Villavil, tanto que es muy difícil gestionar la vida por fuera de su órbita.

Si bien antes de la presencia fuerte del estado la búsqueda de fuentes laborales pasaba por salir del pueblo, siempre quedaba alguien a cargo de la tierra o los animales, generalmente la madre y los hermanos pequeños, o la esposa y los hijos. Una de las ventajas de la intervención del estado como empleador o ayuda social es precisamente que no sea necesario para la mayoría, salir del pueblo para conseguir un ingreso. Sin embargo, la dinámica de producción agrícola y ganadera se ve supeditada a los horarios

libres de los que disponen los productores que son también empleados asalariados (municipales, provinciales, nacionales), por lo tanto entra en contradicción con sus horarios de ingreso y salida, horas extras, vacaciones. Esto desalienta la continuidad de prácticas que hasta una generación anterior eran parte de lo que organizaba la vida cotidiana del pueblo, con sus ciclos anuales de siembra y cosecha. Ahora sí cada vez más el ritmo diario se parece al de los empleados de oficinas, privadas y públicas, de las grandes urbes. Aquel nudo organizador, el trabajo agrícola, es ahora más débil, ha disminuido drásticamente la cantidad y variedad de la producción agropecuaria, pero se resiste a desaparecer, porque sin eso que se produce no alcanza: el estado da regularidad de ingresos, pero no suficiencia.⁸

El choque de ritmos se vive no sin ansiedades y conflictos, y con eso se construyen también prácticas novedosas de hacer vida en común y de imaginar un estado que pueda torcerse y tener la plasticidad que exige el tiempo del trabajo con la tierra y el ganado.

Nuestra etnografía se orientó a indagar con nuestros interlocutorxs de campo sobre cómo se viven estos nuevos dilemas. Todavía estamos en proceso de análisis e interpretación de la información obtenida y de indagación de los procesos históricos que fueron construyendo la situación actual. La fuerte presencia actual del estado empleador aparece como la única salida viable para la región.

Algunxs de mis interlocutorxs e interlocutoras me referían sobre la dificultad central de contar con rastrojos y agua para poder continuar con la labor agrícola. La idea general es que ya no llueve como antes o que las vertientes tienen menos agua. Pero indagando un poco se descubre que tiene que ver más con la falta de gestión, mantenimiento y construcción de canales de riego y el cuidado y también mantenimiento de las vertientes. Más que la escasez de tierra y agua, producto de la geografía y aridez del clima, influyen las grandes tendencias de políticas económicas nacionales y globales que desalientan un tipo de producción en beneficio de otro (por ejemplo, la producción de forrajeras reemplazando a las chacras) o directamente promueven el cese de cualquier producción agrícola. Esto

8 Tener un cordero o lechón para vender en tiempo de necesidad, para ofrecer una comida de celebración familiar, es un capital que se busca sostener y cuidar. La chacra que da verduras para consumo doméstico y venta local o trueque sigue siendo central para la economía de la mayoría de las familias.

es importante y está estrechamente ligado a lo que al inicio mencionamos como presupuestos iniciales de mi investigación, la idea de que los pueblos estaban *aislados*, es decir, aislados también de un proceso histórico que modernizó y desarrolló otras regiones del país. Y que ese aislamiento era básicamente producto de las condiciones naturales de su paisaje montañoso y su clima árido con escasas lluvias, en comparación con la próspera y fértil pampa húmeda. Esta situación viene de larga data, y tiene que ver con otro modelo previo, el de país proveedor de ganado para el Potosí, tal como refería Hermitte más arriba.

Laura Quiroga señala cómo la descripción de algunos valles como “oasis” (en su caso el Valle de El Bolsón, también dentro del municipio de Villavil) vuelve parte de la naturaleza una construcción histórica previa, con lo cual es posible que llegue a ocultar los trabajos humanos que hicieron del lugar un sitio fértil o ayudaron a que se sostenga como tal

Al respecto, las palabras de Federico Espeche resultan significativas cuando describe el occidente catamarqueño como un ámbito donde reina lo espontáneo (1875). Esta descripción de fines del siglo XIX atribuye a la “naturaleza” las condiciones productivas y laborales del campo catamarqueño, hasta el punto de considerar como “vivienda natural” la casa campesina. Según este informe, la cría de ganado en la región era posible gracias a las pasturas naturales producto de condiciones climáticas favorables. Sin embargo –como espero demostrar a lo largo de este trabajo– considero que esta situación no se deriva de condiciones ecológicas particulares y determinantes sino de la “naturalización” de una forma de relaciones sociales y productivas que se instauran durante la colonia: la ganadería extensiva, basada en la reproducción del ganado en amplios espacios a costos mínimos de reproducción y extracción (Quiroga, 2003: 303)

En el mismo sentido, relativiza la idea de “escasez” como condición límite para la producción local

El agua constituye un recurso estacional y escaso, sin embargo, es necesario relativizar el concepto de escasez dado que la obtención de los recursos no está determinada exclusivamente por la “abundancia” del mismo sino por posibilidades tecnológicas y condiciones sociales y jurídicas de acceso y apropiación. ¿El agua escasa es causa “natural” del despoblamiento que los geógrafos mencionados describen? La respuesta a las condiciones observadas en el siglo XX es tan geográfica como política y tan económica como histórica. (Quiroga, 2003: 303)

Por su parte Delfino et al señalan, haciendo referencia a Laguna Blanca, la puna de Belén —que hasta hace menos de un año formaba parte del municipio de Villavil y ahora constituye un municipio autónomo—:

La irrupción de una lógica económica europea en amplias geografías americanas implicó una ruptura, al menos parcial, con el orden económico prehispánico. Para el Norte del Departamento Belén, donde se localiza el Distrito de Laguna Blanca, las primeras menciones a las que hemos podido acceder enfatizan las cualidades del ambiente en relación a una extensiva explotación ganadera. Muy por el contrario, las fuentes arqueológicas para momentos prehispánicos reflejan un paisaje rural intenso, equilibrado entre una gran actividad productiva agropecuaria y artesanal. (Delfino; Díaz y Espiro (2007: 107)

Estas referencias históricas sirven aquí para dar una pauta de por dónde está construyéndose nuestra argumentación. La propuesta de la soberanía alimentaria como modo de resistencia supone centralmente la posibilidad de producir los propios alimentos; pero también asumir que eso es lo que se quiere hacer, de allí que decíamos es una categoría política más que descriptiva. Queda ver cómo las familias productoras de Villavil se las siguen arreglando para ganarse la vida sin resignar sus chacras, frutales, huertas y animales.

Por último, respecto al título de este artículo, tal vez las gentes de la pre-puna de Belén tampoco se dejen clasificar fácilmente como *urbanistas*. Ni rurales ni urbanos, otro mundo donde el arraigo y el movimiento, ambos al mismo tiempo, forman parte de una tradición milenaria, que todavía persiste.

Agradecimientos

Agradezco a mis interlocutorxs en Belén y Villavil, por su generosidad y lucidez

A lxs integrantes del equipo de investigación por la posibilidad de conversar y compartir inquietudes e impresiones del trabajo de campo y de las lecturas compartidas.

Agradezco también a lxs evaluadorxs por sus sugerencias y comentarios

Referencias Bibliográficas

- Ballina, S. (2005). "Llovió y llovió hasta que quedó cielo y tierra... y todo se terminó ahí": Discurso e identidad en la comunidad de Asampay, Catamarca. En Memoria Académica de IV Jornadas de Sociología de la UNLP, 23 al 25 de noviembre de 2005, La Plata, Argentina. Disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.6714/ev.6714.pdf
- Delfino, Daniel; Alejandro Díaz y Valeria Espiro (2007). ¿Tierras vacas o complicidad administrativa? La reorientación económica en el bolsón puneño de Laguna Blanca a partir de la colonia. En Bazán, Armando Raúl et al: *Memorias del III Congreso de historia de Catamarca: arqueología, cultura y educación, geografía humana*. San Fernando del Valle de Catamarca: Editorial científica universitaria de la Universidad Nacional de Catamarca.
- Fischler, Claude (2002). Gastronomía y gastro-anomía: sabiduría del cuerpo y crisis biocultural de la alimentación contemporánea. En: Contreras, Jesús (comp.) *Alimentación y cultura. Necesidades, gustos y costumbres*. México: Alfaomega.
- Gras, Carla y Valeria Hernández (coord.) 2009. *La Argentina rural. De la agricultura familiar a los agronegocios*. Buenos Aires: Biblos.
- Hermitte, Esther. y Herbert Klein (1972). *Crecimiento y estructura de una comunidad provinciana de tejedores de ponchos: Belén 1678-1869*. (Documento de trabajo s/n). Buenos Aires: Instituto Torcuato DI Tella, Centro de Investigaciones Sociales.
- Hermitte, Esther y Carlos Herrán. (2001 [1977]). Sistema productivo, instituciones intersticiales y formas de articulación social en una comunidad del noroeste argentino. En Hermite, E. y Leopoldo Bartolomé (comp.): *Procesos de articulación social*. Buenos Aires, Amorrortu.

- Lorandi, A. M. (1997) *El Tucumán colonial y Charcas*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires.
- Mintz, Sidney W. (1996). *Dulzura y poder. El lugar del azúcar en la historia moderna*. México: Siglo XXI.
- Molina Otarola, R. (2013). Cordillera de Atacama: movilidad, frontera y articulaciones collasatacameñas. En Núñez A., R. Sánchez y F. Arenas (editores), *Fronteras en movimiento e imaginarios geográficos. La cordillera de Los Andes como espacialidad sociocultural* (pp.189-220), Santiago de Chile, RIL Editores
- Molina Pico, Ángeles (2017). Prácticas espaciales y sentidos de lugar. Memorias de la población del valle de El Bolsón (Belén, Catamarca) en torno a la zafra azucarera entre mediados y finales del siglo XX. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano* - Series Especiales Vol. 4 N° 2, Año 2017, 30-36
- Noel, G. D. (2017). Ni lo Uno ni lo Otro, sino Todo lo Contrario. Las Limitaciones del Dualismo Rural-Urbano en el Abordaje de la Región Costera del Río de la Plata y Algunas Propuestas de Re-conceptualización. *Tessituras: Revista de Antropología e Arqueología* 5 (1), 129-170
- Núñez Atencio, L. y E. Nielsen (comps.). (2011). *En ruta: arqueología, historia y etnografía del tráfico surandino*, Córdoba, Encuentro Grupo Editor.
- Park, R. (1999). *La Ciudad y Otros Ensayos de Ecología Urbana*, Barcelona: Ediciones del Serbal.
- Pernasetti C. y F. Ferre. (2013). *Inventario de sabores. Un viaje por la cocina tradicional de Belén*. Catamarca: Secretaría de Cultura de la Provincia de Catamarca. Consejo Federal de Inversiones
- Pernasetti C. y F. Ferre (2015). Vigencia y re-significación de una cocina tradicional. En Álvarez, Marcelo; Ávila, Ricardo y F. Xavier Medina (coordinadores): *Alimentos, cocinas e intercambios culinarios*.

Confrontaciones culturales, identidades, resignificaciones (pp 261-278). México: Universidad de Guadalajara.

Pitt-Rivers, J. (1989 [1954]) *Un Pueblo de la Sierra. Grazalema*. Madrid: Alianza.

Rubio, Blanca. 2003. *Explotados y excluidos: los campesinos latinoamericanos en la fase agroexportadora neoliberal*. Plaza y Valdés Editores. México.

Quiroga, Laura (2003). El valle del Bolsón (siglos XVII-XVIII): la formación de un paisaje rural. En *Anales*, N.E. 6, Department of Romance Languages, Institute of Iberoamerican Göteborg University. Faculty of Arts Studies, 301-327

Tarrius, Alain (2000): Leer, describir, interpretar las circulaciones migratorias: conveniencia de la noción de territorio circulatorio. Los nuevos hábitos de la identidad. En *Relaciones. Estudios de historia y sociedad*, vol. XXI, núm. 83, verano, 2000 El Colegio de Michoacán, A.C Zamora, México, 39-66

Vía Campesina (15 de enero de 2015). ¿Qué es la soberanía alimentaria?. En línea en <https://viacampesina.org/es/que-es-la-soberania-alimentaria/>. Consultado el 8 de agosto de 2020

Vilulla, Juan M. (2015). *Las cosechas son ajenas: historia de los trabajadores rurales detrás del agronegocio*. Editorial Cienflores. Buenos Aires.

Wirth, L. (2005 [1938]). El urbanismo como modo de vida. En *Bifurcaciones. Revista de Estudios Culturales Urbanos*. Talca, Chile: Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, Universidad Católica del Maule. En línea en <http://www.bifurcaciones.cl/2005/03/louis-wirth-urbanismo/> Consultado en diciembre de 2021